

Francisco de Asís: hospedar al leproso, encontrar la salvación

Michael P. Moore
Universidad Católica de Córdoba
frmichaelmoore@gmail.com
Salta (Argentina)

Abstract

La presente comunicación se propone mostrar la hospitalidad con el leproso como experiencia fundante en la vida de Francisco de Asís. Situado en los inicios de su proceso de conversión -tal como lo narra en su Testamento-, el encuentro y la praxis de misericordia con los leprosos permiten al insatisfecho joven asisiense hacer un quiebre con las anteriores búsquedas de sentido, a la vez que abren un nuevo horizonte de vida resignificado desde las fragilidades propias y ajenas que piden ser reconocidas, asumidas y abrazadas.

En el dinamismo de donación y recepción será el más vulnerable -el leproso- quien realizará la más significativa donación/revelación; en efecto, en la carne herida del leproso, Francisco “entiende” lo que es la encarnación: la kénosis de un Dios que se manifiesta de un modo especial en la carne destrozada de la humanidad.

Así, el huésped revela algo que cambiará el sentido y el destino de su vida: los próximos y últimos veinte años de Francisco quedarán indeleblemente sellados por ese encuentro. En adelante, el desafío que se le presentará al Pobre de Asís será el conmemorar esa experiencia primerísima como catalizador para poder “hospedar fructuosamente” las heridas y angustias que le vendrán de sus hermanos de Orden, de su cuerpo mal herido y de un Dios (aparentemente) ausente... en el silencio de su última gran noche.

“¿Qué Francisco aún os besa?
¿Qué Clara os sienta a la mesa?
¿Qué Iglesia os hace de hogar?”
P. Casaldáliga

Introducción

El tema de la hospitalidad, tan recurrente en las Escrituras judeo-cristianas y en la posterior espiritualidad, ha sido últimamente puesto en el centro de la reflexión por el teólogo Ch. Theobald (2007 284-286; 2016 73-84), dentro de su propuesta del “cristianismo como estilo” (2008 esp. 16-197). Tomando sólo como provocación y punto de partida esa clave –no pretendemos aquí entablar un diálogo entre el santo italiano y el teólogo alemán-, la presente reflexión se propone mostrar la hospitalidad con el leproso como experiencia fundante en la vida de Francisco de Asís¹. Situado en los inicios del proceso de conversión -tal como lo narra en su *Testamento*-, el encuentro y la praxis de misericordia con los leprosos permiten al insatisfecho joven asisiense hacer un quiebre con las anteriores búsquedas de sentido, a la vez que abren un nuevo horizonte de vida resignificado desde las fragilidades propias y ajenas, que piden ser reconocidas, asumidas y abrazadas.

Así, el huésped revela algo que cambiará el sentido y el destino de su vida: los próximos y últimos veinte años de Francisco quedarán indeleblemente sellados por ese encuentro originario y originante. Y en adelante, el desafío que se le presentará al Pobre de Asís será el conmemorar esa experiencia primerísima como catalizador para poder “hospedar fructuosamente” las limitaciones, heridas y angustias que le vendrán de sus hermanos de Orden, de su cuerpo enfermo y mal herido y de un Dios (aparentemente) ausente... en el silencio de su última gran tentación.

1. Hospedar al leproso: Una experiencia fundante

Los cambios existenciales (los procesos de conversión) son mucho menos espectaculares y puntuales de lo que cierta hagiografía tradicional ha pretendido mostrar: un gran pecador que se ve derribado de su caballo por una irrupción de la gracia –¡que entonces no supone la *natura!*– y comienza, como por arte de magia –¡que no de gracia!–, a ser un gran santo. Los biógrafos primitivos de Francisco de Asís no se vieron exentos de esa tentación. De todas maneras, si nos permitimos una mirada sinóptica de dichas hagiografías, intentando evitar lo que C. Vaiani llama una “lectura concordista de las fuentes” (Vaiani 2006 56-59) podríamos identificar una serie de encuentros que jalonan la vida del hijo de Pedro Bernardone como un proceso de conversión. Así,

¹ Para todos los escritos y biografías antiguas del santo usaremos, por comodidad para los lectores de lengua española, la traducción de la B.A.C: San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época (ed. Preparada por J.A. Guerra). Madrid: B.A.C, 2013; y citaremos según las abreviaturas y siglas que figuran allí, en páginas XXI-XXII. Han sido muy inspiradoras de nuestras reflexiones los estudios de P. Maranesi sobre el tema, especialmente: 2007; 2008 y 2009.

F. Uribe habla de seis encuentros determinantes: consigo mismo; con los pobres; con el leproso; con el Crucifijo; con el Evangelio; y con los hermanos (Uribe 2001 44-69).

Y si preguntamos a los conocedores no-especialistas de la vida del santo acerca del momento crucial de su conversión, muy probablemente nos refieran el episodio en San Damián, donde el crucificado le “habló” y le mandó reconstruir la iglesia². Una experiencia que podríamos calificar de mística –una locución divina– y eclesial –en cuanto acontece en un lugar sagrado y en tanto tiene como contenido la vida de la iglesia que debe ser purificada. Toda una teología implícita...

Pero este es sólo *uno* de los episodios que relatan las biografías, aunque también es el que más suceso ha tenido a nivel literario y pictórico (recordemos el gran ciclo de Giotto en la Basílica San Francisco, en Asís). Sin entrar en la discusión de la llamada “cuestión franciscana”, resulta evidente a cualquier lector informado que, al momento de una reconstrucción histórica del evento, no pueden considerarse a un mismo nivel un escrito autobiográfico y una biografía realizada por otra persona, más allá de la cercanía en el tiempo que pudiera ostentar. La distancia entre el acontecimiento y el texto es considerablemente mayor cuando dicho texto proviene de manos que escriben desde contextos, intereses e intencionalidades cuya fidelidad a la historia debe ser finamente tamizada por la razón histórico-crítica. Aceptado este principio base de la Hermenéutica contemporánea y ateniéndonos entonces a las palabras del mismo Francisco, esto es, al *Testamento* como escrito autobiográfico, los resultados respecto la historia de su conversión, son otros³. Y la importancia de este breve texto, amén de ser de su autoría –dictado por él mismo– reside en que, cercano a la muerte, ofrece -en la primera parte- una mirada retrospectiva de su vida, centrada en momentos que *él* individualiza como fundantes y que, por tanto, sus hermanos no deberán olvidar;

² “Cuando caminaba cerca de la iglesia de San Damián, le fue dicho en el espíritu (*dictum est illi in spiritu*) que entrara a orar en ella. Luego que entró se puso a orar fervorosamente ante una imagen del Crucificado, que piadosa y benignamente le habló así: ‘Francisco, ¿No ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala’. Y él, con gran temblor y estupor, contestó: ‘Con gusto lo haré, Señor’. Entendió que se le hablaba de aquella iglesia de San Damián, que, por su vetusta antigüedad, amenazaba inminente ruina. Después de esta conversación quedó iluminado con tal gozo y claridad, que sintió realmente en su alma que había sido Cristo crucificado el que le había hablado” (TC 13,6-10). Nótese la expresión: “sintió...en su alma...que le había hablado”.

³ En un iluminador estudio de P.Maranesi, donde compara la narración sobre la conversión de Francisco en las biografías con la del Testamento, el estudioso italiano concluye con estas palabras: “Se i lebbrosi danno a Francesco la capacità di ascoltare la voce della Croce, è vero anche l’inverso, che, cioè, l’esperienza davanti al crocifisso di San Damiano dona a Francesco una chiarificazione e una forma teologica compiuta a quanto intuito esistenzialmente con quei malati. In qualche modo, mediante la Croce, Francesco riesce ad aprire e capire fino in fondo il dono già ricevuto dai lebbrosi: essa gli svela quale significato ha avuto per la sua vita il periodo trascorso nel lebbrosario, perché gli mostra lo stesso mistero impresso sul volto lebbroso di Cristo, rivelando fino in fondo quanto vissuto da Francesco tra quei malati. Nella rivelazione-intuizione teologica offertagli dalla fede adorante della Croce, il giovane acquisisce una comprensione nuova e definitiva della rivelazione-intuizione esistenziale vissuta nella misericordia servizievole con i lebbrosi. Nel volto del Crocifisso e nel volto dei lebbrosi, vi è la stessa notizia nascosta dietro lo scandalo della povertà reietta: il primo compie e radicalizza il mistero dei secondi, confermando a Francesco che la vita è diventare «fratello di misericordia», una scelta che costituisce il vero atto eroico, la vera investitura a «cavaliere di Cristo»” (Maranesi 2008 108).

es cuanto les lega: “recordación, amonestación y exhortación” (Tes. 34) que deberán conservar y observar, a la par de la Regla (Tes. 34-39). El texto en cuestión comienza así:

¹El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar de este modo a hacer penitencia: pues, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a leprosos; ²pero el Señor mismo me llevó en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. ³Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y, después de un poco de tiempo, salí del siglo (Tes 1-4).

De un modo tan sintético como preciso, Francisco refiere lo que nosotros hemos llamado la experiencia fundante en su proceso de conversión: el encuentro con los leprosos y la consiguiente praxis de misericordia. Notemos que esta referencia al comienzo no tiene primariamente un significado cronológico sino teologal-originante.

Pero detengámonos antes un momento en la situación existencial previa, descrita por él como “estar en pecados”. Francisco no especifica a qué se refiere⁴. En la línea de reflexión que estamos siguiendo, esto es: un hombre en busca de su salvación, podemos asociar esa etapa a las búsquedas anteriores del joven asisiense, que lo llevaron a permanecer en el sin-sentido, en la no-salvación (en el “pecado”, obviando toda connotación moralista del término). Nos referimos en concreto a su apuesta por la vida caballeresca-militar empujada por el deseo de, por esa vía, llegar a ser noble; lo cual no era más que un sueño de un joven un tanto autoreferencial y vanidoso. Lo cierto es que ya en su primera concreción desemboca en la prisión de Perusa y la enfermedad que allí contrae (cf. TC 4; TC 5,3-8; AP 5,1-5; 1C 5; 2C 6,1-4; LM I,3, 1-4). Estas situaciones límites, sin duda, obligaron al buscador a replantearse el horizonte de su búsqueda.

Desde esta atmósfera vital de pecado, Francisco no “ve” bien: “pues, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a leprosos” (Tes1). En un primer nivel de lectura el rechazo a los leprosos sería la actitud común a la mayoría de sus contemporáneos, dado que la enfermedad era considerada como un castigo divino, amén de ser sumamente contagiosa. Por eso, los leprosos eran excluidos –física, moral y jurídicamente– de la sociedad, al punto de ser considerados “muertos en vida” (Lavilla 1997 265). Pero el añadido “pues estaba en pecados” abre a un segundo nivel de interpretación: esa situación espiritual puede interpretarse como una causal. Esto es: *porque* estaba nublado por el pecado no pedía ver en verdad/profundidad, descubrir lo humano (y divino) en esa situación de des-humanización. Será luego de practicar con ellos la misericordia que podrá sentir y juzgar distinto, cambiar de parecer: “lo que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura...” (Tes 3). Podríamos decir que esa praxis le permitió superar su anterior mirada superflua, porque, como afirmará en una de sus admoniciones: “Donde hay misericordia y discreción, allí no hay superfluidad ni endurecimiento” (Adm 27,6).

⁴ “Los únicos datos que tenemos para esclarecer «la vida en pecados» de que nos habla el Testamento son los de los biógrafos, y con ellos -dado el carácter didáctico de las biografías- no podemos concluir nada. Simplemente que, desde la madurez de su itinerario espiritual, Francisco valora su juventud como un tiempo sin sentido” (Micó 1981 8). Celano, su primer biógrafo, lo sintetizará en los pecados de vanagloria (1 C) y de sensualidad (2 C).

En medio de la angustia, la incerteza y la insatisfacción, el Señor lo condujo hacia aquella experiencia que le cambiaría la vida: “pero el Señor me llevó en medio de ellos” (Tes 2). No está de más recordar que esta afirmación proviene de una lectura de fe retrospectiva –20 años después–, que le permite individuar la mano de Dios que lo acompaña y conduce; en ese momento, muy probablemente, no lo experimentó como una intervención sobrenatural salvadora ni lo que lo motivó fue la convicción religiosa previa de que los leprosos eran una imagen viva del Crucificado. Lo cierto es que, cuando relea su itinerario, será la praxis de misericordia lo que recuerde como hito que le permitió que lo amargo se transforme en dulce, que su existencia opaca y condenada, adquiera sentido y salvación⁵. En lo des-humanizado, descubre su posibilidad de humanización.

Aunque no podemos precisar con exactitud cronológica, sí podemos afirmar que Francisco, durante al menos un par de años (¿1204-1206?) pasa largos períodos sirviendo a los leprosos: vive “con ellos” y “entre ellos”⁶. Y mientras las biografías destacan el encuentro puntual con un leproso, poniendo el acento en lo espectacular, lo milagroso, lo heroico... en el Testamento, en cambio, Francisco alude a un estar entre ellos, durante un tiempo, seguramente con idas y venidas, en la cotidianeidad gris de la hospitalidad. Es lo extraordinario *versus* lo ordinario; son los leprosos como “medios” para encontrarse con y servir a Dios, o como “fines” en sí mismo, por su condición de hombres y mujeres excluidos y sufrientes.

Por otra parte, cabe notar que este servicio, además de una obra de caridad y misericordia implicó un modo de ser y estar en el mundo (y en la Iglesia), desde los márgenes, con los excluidos e indefensos... intuiciones que quedarán plasmadas en el nombre que le dará a su fraternidad: “hermanos menores”. En efecto, la minoridad incluye inseparablemente una significación espiritual y social⁷. El cambio de lugar social le abrirá las puertas a un nuevo lugar teológico desde el cual iniciar una nueva experiencia y un nuevo juicio de fe: “lo que antes me parecía...” (Tes 3)

⁵ En esta línea, resultan iluminadoras las palabras de F. de Aizpurúa: “El vocablo conversión hace parte casi exclusivamente del mundo religioso. Si se lograra darle algún tipo de contenido social, mostraría el vigor de su verdad. Si se lo reduce exclusivamente al mundo religioso, es cuando se corre el riesgo de dejarlo vacío de sentido (...) Aunque nadie duda que textos como el *Testamento* dibujan un auténtico itinerario de conversión, es preciso caer en la cuenta, ya de entrada, que el hermano Francisco no usa jamás el término *conversio*. Por alguna razón, el azaroso proceso de su acercamiento a la vida evangélica no ha sido entendido por él como conversión en sentido religioso, siendo así que este tema pertenece al acervo común de la espiritualidad de la época, desde san Bernardo a Ricardo de San Víctor, pasando por Guillermo de Saint-Thierry” (Aizpurúa 2001 180-181; cf. también Manselli 1997 44-70).

⁶ Así lo confirman sus biógrafos: “se fue donde los leprosos; vivía con ellos y servía a todos” (1 C 17); “convivió con ellos” (LM 6,2); “entre ellos moraba” (TC 11); “Y deben gozarse, cuando conviven con personas viles y despreciables, con pobres y débiles y enfermos y leprosos y los mendigos del camino” (IR 9,2).

⁷ “Este ejercicio de la misericordia es el momento más decisivo de la conversión de Francisco, causa y fruto de la misma. Francisco tras convivir con los leprosos sirviéndolos, se detuvo en reflexionar (*después me detuve un poco*) y cambió de vida (*y salí del siglo*). Un cambio de óptica y de comportamiento con el cual Francisco abandona tajantemente los valores y la lógica corrientes en su tiempo. La alteración de valores ante los leprosos significaba más que una transformación espiritual, pues se trataba de una opción de vida social, de un cambio de «estado social», que comportaba situarse al margen de la sociedad, junto con aquellos que eran excluidos por ésta, los leprosos, ayudándolos y participando de su sufrimiento y de su desdicha. Una opción social consistente en pasar de una posición

2 ... Encontrar la salvación

Practicando la misericordia (cf. Tes 2) Francisco encontró un sentido nuevo y definitivo a su vida. Practicando la misericordia fue descubriendo a un Dios que desde siempre lo había sostenido y conducido con manos de misericordia y que mucho antes que se acercara a los leprosos, había practicado la misericordia con él (cf. Tes 2). Practicando la misericordia pudo “escuchar y entender” al Cristo de San Damián que le pedía que reparase una iglesia decadente... pero que lo hiciera misericordiosamente (cf. Tes 6-9). Practicando la misericordia, gratuita y desinteresadamente, Francisco salió beneficiado porque, mientras esos leprosos morirían inexorablemente (aunque quizá más dignamente), él viviría... y de una manera nueva, encontrando en la carne herida y vulnerada de esos excluidos la respuesta a su pregunta orante y constante: “¿Quién eres Tú y quién soy yo?” (Ll 3).

Esa experiencia fundante de praxis de hospitalidad con los leprosos -que sin duda tiene que entenderse en relación con otros momentos concomitantes e importantes en la vida del santo- dejará en su memoria afectiva y efectiva una impronta que lo marcará de por vida y lo ayudará a afrontar futuros momentos difíciles. Queremos ahora concentrarnos en tres de esas situaciones, donde la memoria de aquella praxis de misericordia -ejercida y gozada- interpelará su libertad para dar respuestas evangélicas: la experiencia del pecado, del rechazo y de la muerte⁸.

2.1. La hospitalidad cotidiana: hospedar al pecador

Sin duda, para Francisco de Asís, los hermanos significaron desde el inicio de su itinerario un don de Dios: “Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer...” (Tes 14). La llegada de los primeros hermanos parece marcar un punto de inflexión en su búsqueda puesto que entonces queda constituida la fraternidad. Pero al mismo tiempo que don y, sobre todo en los últimos años de su vida, los hermanos significaron para Francisco su gran cruz. Y entonces hubo de recurrir al poso de su memoria afectiva donde se le recordaba que practicando aquel amor misericordioso se le había revelado cuánta misericordia había tenido el Señor con él. Desde este contexto podemos entender uno de los escritos más conmovedores de la espiritualidad franciscana y medieval: la llamada *Carta a un ministro* (¿1218/1221?), donde nuestro santo despliega una verdadera pedagogía de la misericordia. Nos permitimos citar *in extenso* la primera parte:

¹Al hermano N., ministro: El Señor te bendiga. ²Te digo, como puedo, respecto al caso de tu alma que todas las cosas que te son obstáculo para amar al Señor Dios y quienquiera que te ponga obstáculo, sea de los hermanos o de cualesquiera otros, aunque te azotaran, debes tenerlo por gracia. ³Y quiérello así y no otra cosa . . . ⁵Y ama a los que esto te hacen. ⁶Y no quieras de ellos otra cosa, sino lo que el Señor te dé. ⁷Y ámalos precisamente en esto, y no quieras que sean mejores cristianos. ⁸Y sea esto para ti mejor que vivir en un eremitorio. ⁹Y en esto quiero conocer si amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así:

legalmente precisa, la de mercader, a la condición de aquellos que carecían de un «status» regularmente reconocido, y que, por lo tanto, eran los no «protegidos», los indefensos de la autoridad” (Lavilla 1997 267).

⁸ Estudiando el *Cántico del hermano sol*, hemos analizado esas tres situaciones en: Moore 2018 199-205.

que no haya en el mundo ningún hermano que, habiendo pecado todo lo que pudiera pecar, se aleje jamás de ti, después de haber visto tus ojos, sin tu misericordia, si es que busca misericordia. ¹⁰Y, si no buscara misericordia, pregúntale tú si quiere misericordia. ¹¹Y, si mil veces volviera a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales (CtaM 1-11)

Francisco le está respondiendo a un ministro ante una situación extrema planteada por éste –cuyo contenido concreto desconocemos–, donde el pecado de uno o varios hermanos le impiden, incluso, “amar al Señor Dios” (v.1). Pero él no responde –como sería lo más corriente– diciendo que esa situación es una tentación del demonio, sino que es ¡un don de Dios! (vv.2.6)⁹. De este modo, intenta que el ministro caiga en la cuenta que aún esa situación –todo lo que la vida nos presenta– puede ser *ocasión* de gracia, de crecimiento. Situación que debe ser vivida gratuitamente, sin pedir nada a cambio... ¡ni siquiera exigir su conversión! (vv.3.6-7); y que debe ser aceptada en toda tu tensión, sin pretender evadirse a una vida de oración, “separado del mundo” (v.8). Y con esto llegamos al corazón de este breve y maravilloso escrito, donde Francisco hace ver que no se trata de indiferencia ante el pecado sino de plantear la estrategia más eficazmente evangélica para que el hermano pecador vuelva al Señor (v.11). Esto es: la praxis de misericordia; la oferta –una y mil veces– de la mirada y el abrazo misericordioso que hospeda sin juzgar, sin exigir conversión, sin exigir examen de conciencia. Sólo amor compasivo hacia la fragilidad del otro. Como en la parábola del Lc 15 donde el padre vuelve a hospedar al hijo ingrato e injusto, sin reproche alguno, sin necesidad de escuchar la confesión arrepentida, sin medir atrición ni contrición, sin advertencias y sin penitencias.

Podemos imaginar que, al momento de escribir la carta, Francisco tenía presente –aunque fuera de modo inconsciente– su experiencia anterior de “estar en pecados” y cómo entonces la misericordia divina de un amor abajado que acompaña y espera, le permitió quebrar ese círculo infernal de culpa y pecado que lo sumergía en una amargura existencial (cf. Tes 1). En la carne deshumanizada del leproso, Francisco habría reconocido, espejada, su carne insentido; y mientras lavaba las llagas de esos enfermos, se iría percatando que con esa misma maternal ternura el Altísimo había curado su vacío. Y en la figura bizantina del Cristo de San Damián habría intuido que esos brazos tan abiertos como sus ojos –es un crucificado-resucitado– eran los de un Dios humanado que se abajaba para abrazarlo en su radical fragilidad.

Ahora era el momento de aconsejar, desde su *background* personal, a ese ministro desorientado. Y desde ese mismo poso exhortará, en otra carta, a todos los fieles: “Y practique y

⁹ Hijo de la teología de su tiempo -hoy prácticamente superada- Francisco -siguiendo a San Gregorio Magno- afirma en la primera Regla: “Y ruego al hermano enfermo que por todo dé gracias al Creador; y que desee estar tal como el Señor le quiere, sano o enfermo, porque a todos los que Dios ha predestinado para la vida eterna «los educa con los estímulos de los azotes y de las enfermedades y con el espíritu de compunción», como dice el Señor: «Yo, a los que amo, los corrijo y castigo» (1 R 10,3).

tenga con cada uno de los hermanos la misericordia que quisiera que se tuviera con él si estuviese en una situación semejante” (2CtaF 43).

2.2. La hospitalidad negada: hospedar al ingrato

El conflicto entre Francisco y un grupo numeroso de hermanos al que hacíamos referencia en el número anterior hay que encuadrarlo dentro del proceso de institucionalización de la fraternidad... que llega a ser una Orden y donde, por muchos aspectos, la institución tiende a sofocar la intuición (Desbonnets 1991). Representa, sin duda, el momento más oscuro de la vida de nuestro santo puesto que se ve cuestionada –ni más ni menos– su opción fundamental de vida, plasmada en un proyecto evangélico alternativo que él había llevado adelante como respuesta a una clara revelación de Dios... ¿o habría sido todo un autoengaño?¹⁰

Esta gris etapa en la vida de Francisco –y de la fraternidad primitiva– queda magistralmente retratada en la conocida parábola de la *Verdadera alegría*. Retóricamente, le pregunta al hermano León si sabe en qué consiste la verdadera y perfecta alegría. Y él mismo se adelanta advirtiéndole que no pasa por el éxito estrepitoso, aun cuando pueda tener visos de evangélico: no consiste en que grandes teólogos, jerarcas de la iglesia o reyes vengan a formar parte de la Orden; tampoco pasa por el que se realicen grandes tareas evangelizadoras ni obras milagrosas (VerAl 4-6). Situaciones todas que tienen referencia directa a lo que estaba sucediendo, como histórica será la escena del rechazo –en su significación– a partir de la cual enseñará dónde reside la verdadera alegría. Imagina que, llegando a la Porciúncula desde Perusa, luego de caminar 15 kilómetros en la noche y bajo un frío aterrador –condiciones que reflejan su interior–, es rechazado por el hermano hospederero por tres veces, es decir: totalmente. La razón esgrimida por el portero es contundente: “Tu eres un simple y un inculto. Ya no vienes con nosotros. Nosotros

¹⁰ Así resume esta compleja problemática F. de Aizpurúa: “La dialéctica intuición-institución no solamente ha sido una pregunta constante en los estudios del franciscanismo, sino que ha sido una herida siempre abierta en la vida franciscana, herida, quizá imposible de cerrar. Lo cierto es que el problema se planteó, con toda su crudeza, ya desde el comienzo y tuvo apariencia de consolidación con la obra reformadora de san Buenaventura, aunque la posterior historia de la Orden mostró que la herida se había cerrado totalmente en falso. Nadie duda que la vivencia de la fraternidad fue el gran regalo de Dios para el hermano Francisco: los hermanos son don de Dios (Test 14). Pero no se puede obviar la realidad de que esa vivencia, sobre todo la última época de su vida, ha sido su mayor dificultad y ha motivado la más honda crisis de su existencia. La vida del hermano Francisco, como la de los grandes buscadores de Dios, ha estado siempre marcada por la pregunta de todo buscador: ¿Qué quiere Dios que haga? (OrSD). En los últimos años de su vida esta pregunta ha cobrado una fuerza casi angustiada . . . El hermano Francisco reacciona alejándose de la dirección y haciendo toda una labor profética desde «fuera» de la organización. El retiro anterior a las llagas, en 1224, marca el hito de su «gran tentación» y cómo la manera de superarla fue el aferramiento creyente al valor de la cruz y de la entrega como cauce de salvación y de vida. La parábola de la *Verdadera alegría*, en su aparente ingenuidad, refleja bien la situación de esta época: el éxito del camino cristiano es mantener el equilibrio vital cuando los caminos son oscuros o, más sencillamente, vivir en amor y fraternidad por encima de cualquier rechazo, aunque el tal rechazo afecte a las más queridas opciones personales. Es únicamente así como la Orden podrá seguir siendo fraternidad” (Aizpurúa 2001 186-187). Dentro de la abundantísima bibliografía sobre el proceso de institucionalización de la Orden, puede verse el clásico: K. Esser 1976, 185-267; y más recientemente: G.G. Merlo 2005 32-49 y 153-225.

somos tantos y tales, que no te necesitamos” (VerAl 11). Es que, como resume en frase lapidaria un gran franciscanista, se ha pasado “de la práctica de la pobreza a la teoría de la pobreza, de la pobreza *vivida* a la pobreza *pensada*” (Merlo 1999 4). Y para “pensar y escribir”, Francisco no hacía falta. Francisco, que había parido maternalmente ese proyecto y maternalmente había cuidado y hospedado a cada uno de los hermanos, ahora era declarado “huésped no grato” en su más amada casa, donde todo había comenzado: la Porciúncula.

¿Cómo reaccionar ante tamaña injusticia? Nuevamente deberá rememorar y conmemorar aquella experiencia vivificante cuando, mientras practicaba la misericordia con los leprosos, había descubierto cuánta más misericordia había tenido el Señor con él... y estaría teniendo ahora cuando era tratado como un leproso por sus mismos hermanos. A eso parece aludir la exclamación que Francisco pone en los labios del hospedero hostil: “Vete al lugar de los crucíferos y pide allí” (VerAl 14). Los crucíferos, una Orden hospitalaria de su tiempo que atendía varias de las leproserías existentes en los alrededores de Asís, y donde seguramente él había hecho sus experiencias veinte años atrás. Volver a ese lugar físico era volver a un lugar teologal.

Retroalimentado y revivificado, entonces, podrá afirmar como resolución de esa paradójica situación: “Te digo que, si he tenido paciencia y no me he turbado, en esto está la verdadera alegría, y la verdadera virtud y la salvación del alma” (VerAl 15). Pero esto no significa ataraxia ni indiferencia ante el conflicto, ni un posicionarse “más allá del bien y del mal”; es la convicción que nace del estar enraizado en un amor irrevocable que ninguna situación externa podrá arrebatar ni, por tanto, quitarle la paz. Porque, en verdad, “el siervo de Dios no puede saber cuánta paciencia y humildad tiene mientras se le da gusto. Más, cuanta paciencia y humildad muestra en el momento en que le contrarían quienes debieran darle gusto, tanta tiene y no más” (Adm 13; cf. Adm 15).

En la línea de lo que venimos reflexionando, podemos concluir afirmando que la verdadera alegría consiste en aceptar humildemente la hospitalidad negada, aunque debida. Y hacerse hospitalario con el ingrato. Setenta veces siete. Gratuidad tan pura como desestabilizante.

2.3. La hospitalidad última: hospedar al enfermo y a la muerte

Sin duda, uno de los momentos más desconcertantes en la vida de Francisco fue –paradójicamente– su muerte. Cómo la esperó, cómo la acogió, cómo la hospedó. Pero antes de focalizarnos en ese hecho, digamos una palabra sobre aquella realidad que, de alguna manera, es su causa inmediata, esto es, la fragilidad física y, más concretamente, la enfermedad. Junto a las heridas en el alma y la ilusión a que hacíamos referencia en el punto anterior, habrá entonces que considerar las enfermedades en el cuerpo que lo afligieron sobre todo en los últimos años (cf. Schmucki 1987 403-436).

Dos de sus admoniciones pueden servirnos de punto de partida: “Dichoso el hombre que, en su fragilidad, soporta a su prójimo en aquello que querría que le soportara a él si se estuviera

en una situación semejante” (Adm 18; cf. 1R 10,1; 2R 6,9); y “Dichoso el siervo que ama tanto a su hermano cuando está enfermo y no puede corresponderle, como cuando está sano, y puede corresponderle” (Adm 24). Empatía y gratuidad son las dos notas que nos interesa resaltar de esos textos. Y nos surge la pregunta ¿no aprendió Francisco eso sirviendo a unos leprosos que lo impelían a salir de su autoreferencialidad, lo invitaban a ponerse en su lugar y que, desde su lugar de marginación e impotencia, no reclamaban nada? ¿no comprendió Francisco que esa donación gratuita que él estaba realizando estaba precedida por la gratuita misericordia que Dios estaba teniendo con él? La misericordia implica volver el corazón al miserable, sentir con él; y se embellece con la gratuidad cuando lo hecho es sin esperar recompensa, porque el otro nada tiene que ofrecer, ni siquiera la gratificación de su sanación para quien lo ayuda, porque “*i lebbrosi restarono lebbrosi*” (Maranesi 2018 24). Quizá fueron estos marginados quienes le enseñaron a hospedar de tal modo esas dolencias al punto que Francisco llegó a llamarlas “hermanas enfermedades” (cf. 2 C 212)¹¹.

Dirigiendo ahora nuestra mirada hacia el último acto de la vida del Pobre de Asís, su disposición puede resumirse en las palabras con que la recibe, según el testimonio de sus biógrafos: “Bienvenida sea mi hermana muerte” (2 Cel 217), y que quedó plasmada en la última estrofa del *Cántico de las creaturas*, añadido pocos días antes de morir: “Loado seas mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal” (Cánt 12) ¿Cómo alguien puede hospedar a este huésped tan temido de esa forma: con los brazos abiertos y cantando? (cf. Moore 2018 202-205). Sobre todo, teniendo en cuenta que las narraciones de sus biógrafos distan bastante de la dramaticidad de los relatos evangélicos sobre los últimos momentos de Jesús¹².

Y dentro de la gran teatralización en medio de la cual Francisco se prepara a morir, queremos concentrarnos en un solo dato, que reviste visos de historicidad y es profundamente simbólico: el pedido de ser colocado desnudo sobre la tierra antes de recibir la Hermana muerte... en la pequeña iglesia de la Porciúncula. Quería irse desde donde –según el relato de la *Verdadera alegría*– en los últimos tiempos, no lo habían recibido. Quería acabar *donde* todo había comenzado. Quería acabar *como* todo había comenzado: con el gesto de desnudez. Veinte años atrás, frente al obispo, su familia y sus conciudadanos; ahora, frente a sus hermanos. Ayer, ante el

¹¹ “El hermano Francisco ha entendido que la manera evangélica de situarse en la realidad es hacerlo en modos curativos. De ahí que el texto de Mt 9,12: «No tienen necesidad de médico los que se sienten fuertes sino los que se encuentran mal», ha sido una certeza vivida para él, como lo muestran sus escritos (1 R 5,8; CtaM 15). Y ha querido hacer constar de modo explícito en sus dos Reglas que los hermanos enfermos son parte valiosa de la fraternidad (1 R 10; 2 R 6), sintetizando esta certeza en aquel axioma siempre elocuente: «Dichoso el siervo que ama tanto a su hermano, cuando está enfermo y no puede corresponderle como cuando está sano y puede corresponderle» (Adm 24). Desde aquí ha entendido Francisco que no se puede curar más que desde dentro. Curar desde fuera es hermoso, pero curar desde dentro es liberador” (Aizpurúa 2001 185).

¹² Resulta estimulante el estudio de P. Maranesi que compara distintas fuentes franciscanas para concluir que hay dos modelos distintos de presentar la pascua de Francisco: como la muerte de un hombre “muy humano”, y como la muerte de un héroe, de un santo cristiforme (Maranesi 2012 581-599).

palacio episcopal, ahora, dentro de su pequeña capilla. Desnudez ante y dentro de dos símbolos eclesiales. Interpelación hoy hacia un modo de habitar la Iglesia, a un modo de hospedar en la Iglesia. Y antes, a un modo de habitar la tierra, “nuestra hermana la Madre tierra, que nos sustenta y gobierna” (Cánt 9): la primer y gran hospedera, que lo despide del mismo modo en que lo había recibido: desnudo. También ahora nos surge la pregunta ¿habrá aprendido a andar desnudo contemplando a los leprosos, tantas veces solo vestidos con sus llagas? Aunque no tenga respuesta certera, creo que es una pregunta lícita. Y, quizá también, esa experiencia de haber hospedado tantas veces antes a la Hermana muerte entre sus brazos abrazando a los leprosos moribundos, le “facilitó” el poder extender libremente sus brazos ahora, cuando a él lo visitaba.

Conclusión

El autor de la Carta a los hebreos nos aconseja: “no olvidéis la hospitalidad, pues gracias a ella algunos hospedaron, sin saberlo, ángeles” (Heb 13,2). Francisco de Asís, sabiéndolo, en los inicios de su aventura evangélica, practicó la hospitalidad con los leprosos que, antes, lo hospedaron a él (en el leprosario). Pero no se trató de una praxis con la belleza angélica *dei-forme* sino en la carne herida y *de-forme*. Y lo que no sabía Francisco es que esa experiencia de misericordiosa hospitalidad le cambiaría el presente y el futuro. Lo primero, porque le permitiría hacer el quiebre en su proceso de búsqueda vocacional y, lo segundo, porque esa experiencia fundante le posibilitaría, en adelante, enfrentar y resolver situaciones traumáticas (el pecado, la ingratitud, la enfermedad, la muerte...) de un modo evangélico y jesuánico.

Así, en el dinamismo de donación y recepción que define toda hospitalidad será el más vulnerable –el leproso– quien realizará la más significativa donación/revelación. Porque *en* esa carne des-humanizada, Francisco “comprenderá” –aunque caiga en la cuenta tiempo después– lo que es la encarnación: la kénosis misericordiosa de un Dios que se manifiesta de un modo especial en la carne destrozada de la humanidad. Un Dios que, en Jesús, lava esos pies, se hace menor (el *Deus semper maior* se trastoca en el *Deus semper minor*); un Jesús que seduce a Francisco de tal modo que también él querrá ser *hermano* y *menor*; y desde ese lugar social y teologal, hospedar a todos, de un modo particular a los pobres y excluidos. Con lo cual se rompe “la simetría, ley fundamental de todo encuentro auténtico” (Theobald 2016 75-76), desde la doble asimetría que supone la encarnación: la de un Dios que se hace Hombre y la de un Hombre que se hace menor; y desde ahí lava, sirve, hospeda. El pobre de Asís –como el profeta de Nazaret– hospeda “desde abajo”.

Sin duda, “Dios se manifiesta *en* el encuentro, por el hecho de la encarnación . . . Él habita entre nosotros, no en un templo” (Theobald 2016 83); pero hay que dar un paso más, porque “dado que la encarnación no es aséptica, desde el momento en que Dios elige entrar a la historia desde los márgenes, se nos revela su opción por las víctimas. Por la encarnación, Dios, de algún modo,

se une a todo hombre (cf. GS 22) pero esa unión con todos la realiza y revela desde algunos: desde el lugar del pobre, de quien no tiene una vida digna asegurada” (Moore 2017 393). Francisco descubrió –a nivel intuitivo– esta verdad fundamental del Cristianismo practicando la hospitalidad y la misericordia con los leprosos: los pobres y víctimas por excelencia de su tiempo. Él, hospedando al leproso, encontró la salvación; a nosotros, nos queda alguna cuestión porque

Eran diez leprosos. Era
esa infinita legión
que sobrevive a la vera
de nuestra desatención.

Te esperan y nos espera
en ellos Tu compasión.
Hecha la cuenta sincera,
¿cuántos somos?, ¿cuántos son?

Leproso Tú y compañía,
carta de ciudadanía
nunca os acaban de dar.

¿Qué Francisco aún os besa?
¿Qué Clara os sienta a la mesa?
¿Qué Iglesia os hace de hogar?

(Casaldáliga 1996 20)

Bibliografía

Fuentes franciscanas

Admoniciones = Adm
Anónimo de Perusa = AP
Cántico de las creaturas = Cánt
Carta a los fieles, segunda redacción = 2CtaF
Carta a un ministro = CtaM
Celano, Vida primera = 1C
Celano, Vida segunda = 2C
Consideraciones sobre las llagas = Ll
La verdadera alegría = VerAl
Leyenda de los tres compañeros = TC
Primera regla, no bulada = 1R
Segunda regla, bulada = 2R
San Buenaventura, Leyenda mayor = LM
Testamento = Tes

Otras

Aizpurúa, F “Lo amargo, se me tornó en dulzura”. La conversión del hermano Francisco como conversión social. *Selecciones de Franciscanismo*, 89, 2001: 180-181

Casaldáliga, P., *Sonetos neobíblicos precisamente*. Buenos Aires: Claretiana, 1996

Desbonnets, Th., *De la intuición a la institución. Los franciscanos*. Oñate: Ediciones Franciscanas Arantzazu, 1991

Esser, K., *La Orden Franciscana. Orígenes Ideales*, Oñate: Ediciones Franciscanas Arantzazu, 1976

Manselli, R., *Vida de san Francisco de Asís*, Oñate: Ediciones Franciscanas Arantzazu, 1997

Maranesi, P., *Facere misericordiam. La conversione di Francesco d’Assisi: confronto critico tra il Testamento e le Biografie*, Assisi: Porziuncola, 2007

- - -, *Il servizio ai lebbrosi in san Francesco e nei francescani*. *Franciscana*, 11, 2009: 1-63

- - -, *La conversione di Francesco: racconti di una (doppia) identità*. *Vita minorum* 3-4, 2008: 65-108

- - -, *La morte di un uomo cristiano. Gli ultimi anni di vita di Francesco di Assisi*. *Miscellanea Franciscana*, 112, 2012: 581-599

- - -, *L’eredità di frate Francesco. Lettura storico-critica del Testamento*. Assisi: Porziuncola, 2009

Merlo, G.G., *En el nombre de Francisco de Asís. Historia de los hermanos menores y del franciscanismo hasta los comienzos del siglo XVI*, Arantzazu: Ediciones Franciscanas Arantzazu, 2005

- - -, *Historia del hermano Francisco y de la Orden de los Menores*, en: AA.VV., *Francisco de Asís y el primer siglo de historia franciscana*, Oñate: Ediciones Franciscanas Arantzazu, 1999: 3-35

Micó, J., *Reflexiones sobre el Testamento de San Francisco*. *Selecciones de Franciscanismo*, 28, 1981: 3-52

Moore, M., “¿Dónde estás?": la pregunta de Dios, del hombre y de la creación. Una respuesta desde el Cántico de las creaturas de Francisco de Asís”, en: *Sociedad Argentina de Teología*,

¿Dónde estás? Ser humanos en este mundo. Teología, humanidad y cosmos, XXXVIa Semana Argentina de teología. Buenos Aires: Agape, 2018, 181-207

- - -, Esperar con los desesperanzados a la luz del misterio pascual. Meditación teológica, en: Sociedad Argentina de Teología, En el camino de Emaús. Esperanza que fecunda la historia, XXXVa Semana Argentina de teología, Buenos Aires: Agape, 2017: 389-398

Schmucki, O., Las enfermedades de San Francisco durante los últimos años de su vida. Selecciones de Franciscanismo, 48, 1987: 403-436

Theobald, Ch., El estilo de vida cristiana. Salamanca: Sígueme, 2016

- - -, Il cristianesimo come stile. Fare teologia nella postmodernità. Teologia, 32, 2007: 280-303

- - -, Le christianisme comme style. Une manière de faire de la théologie en postmodernité. Paris: Les éditions du Cerf, 2008

Uribe, F., El proceso vocacional de Francisco de Asís. Selecciones de Franciscanismo, 88, 2001: 44-69

Vaiani, C., Teologia e Fonti Francescane. Indicazioni di metodo. Milano: Edizioni Biblioteca Francescana, 2006